



© F. Moreno

Guillermo Corral Van Damme / director general de Política e Industrias Culturales del Ministerio de Cultura de España

Miembro de la carrera diplomática, ha estado en representaciones de España en Turquía y en Tanzania, así como en la representación permanente de nuestro país ante la Unión Europea. En 2005 fue nombrado Comisario General Adjunto para la conmemoración del XXV Aniversario de los Premios Príncipe de Asturias y, posteriormente, ocupó el cargo de vocal asesor para asuntos internacionales en el Gabinete del Ministerio de Cultura.

¿Una cultura libre sin creadores?

Vivimos tiempos de cambio. Tiempos inciertos en los que abundan tanto las oportunidades como las amenazas. Ello es particularmente evidente en el ámbito de la cultura, que se enfrenta al repentino enrarecimiento de la situación económica, sin haber completado aún el difícil proceso de adaptación a la revolución tecnológica. En efecto, todo el entramado industrial y comercial en el que se sostiene la producción cultural se encuentra sometido desde comienzos de esta década a la tremenda presión de un cambio sin precedentes. En unos pocos años, un sistema de creación, producción y distribución de contenidos que había permanecido más o menos inalterado en sus elementos esenciales a lo largo de los dos últimos siglos, se ha visto radicalmente puesto en cuestión obligándonos a todos a replantearnos muchas de las ideas que hasta ayer considerábamos casi dogma de fe. Obviamente no se trata de una cuestión menor. La supervivencia de nuestra identidad cultural, entendida como la capacidad de una sociedad para generar y difundir nuevas expresiones culturales y artísticas libres y genuinas, está directamente vinculada a la viabilidad a medio y largo plazo de una estructura industrial sólida y eficaz. Sin embargo, nos equivocáramos si pensáramos que estamos ante un asunto de naturaleza exclusivamente económica. Al contrario, el verdadero núcleo de los problemas que enfrentamos gira más bien en torno a cuestiones de mentalidad o incluso de concepción ideológica. En efecto, y aunque no nos guste, es forzoso reconocer que entre sectores relativamente amplios de la ciudadanía española la cultura, o al menos la industria cultural, tiene una imagen sorprendentemente negativa. Posiblemente ello sea fruto de la tendencia que tienen las sociedades hipermediatizadas como la nuestra a reducir los elementos y las ideas del debate público a sim-

« Y aunque no nos guste, es forzoso reconocer que entre sectores relativamente amplios de la ciudadanía española la cultura, o al menos la industria cultural, tiene una imagen sorprendentemente negativa. »

ples estereotipos o lugares comunes. De tal forma que en un giro perverso, la disparatada visión de la cultura española como un complejo subsidiado e improductivo, que se engendró hace años en los círculos más conservadores de este país, ha acabado calando incluso

entre muchos jóvenes, que se sienten y consideran progresistas y amantes de la cultura.

Solo teniendo en cuenta este singular caldo de cultivo, puede entenderse la desconcertante y absoluta falta de conciencia social frente a hábitos tan dañinos como la piratería de contenidos en Internet. Como es sabido, esta clase de per-

cepciones sociales son especialmente difíciles de combatir, ya que operan en niveles emocionales profundos a los que rara vez consiguen llegar los argumentos racionales. No obstante, el que sea complicado no quiere decir que sea imposible. Sin ir más lejos, tenemos en nuestra experiencia reciente varios ejemplos que a priori ofrecían igual o peor pronóstico. Basta recordar en esa línea el giro que ha experimentado la valoración social de conductas como la velocidad al volante, el consumo de tabaco o las agresiones medioambientales.

Revertir la tendencia es por lo tanto viable, siempre que seamos conscientes de la complejidad que ello entraña y consecuentemente de la necesidad de actuar a varios niveles. En primer lugar, hay consenso sobre la importancia de que tanto los poderes públicos como la sociedad civil traten de hacer visible ante la opinión pública la dimensión y valor económico de la cultura en España. Un sector que aporta algo más de cuatro puntos al PIB nacional y da empleo a unas

«Hay consenso sobre la importancia de que tanto los poderes públicos como la sociedad civil traten de hacer visible ante la opinión pública la dimensión y valor económico de la cultura en España.»

ochocientas mil personas, un millón si tenemos en cuenta sus efectos indirectos sobre varios sectores colaterales. Un sector que, además, y eso es todavía más relevante en momentos como los actuales, es intensivo en

capital humano, en creatividad e innovación. Justamente aquellos elementos en los que el déficit de la economía española ha sido tradicionalmente más acusado y donde es más urgente concentrar esfuerzos si verdaderamente queremos aprovechar esta coyuntura para producir un cambio de modelo. En el mismo sentido, la industria cultural ofrece retornos intangibles, pero muy valiosos, en forma de potenciación del atractivo internacional de España y de la imagen de marca de nuestros productos.

En ese mismo contexto, la industria no puede posponer por más tiempo el lanzamiento, tantas veces anunciado, de nuevos modelos de negocio cuyo éxito dependerá de que aporten un verdadero valor añadido para el consumidor en forma de mayor calidad y servicios, con la comodidad y rapidez que ofrece el entorno digital. Es precisamente en este campo, en el que entidades de gestión como CEDRO están ya y deben seguir realizando una labor imprescindible de estímulo

y de imaginación, desarrollando nuevas y prometedoras posibilidades, en línea, por ejemplo, con el acuerdo alcanzado en EEUU entre Google y las grandes editoriales estadounidenses. Solo la combinación de una actitud mucho más activa por parte de la industria cultural y de una mayor firmeza desde la Administración frente a los comportamientos vulneradores de la propiedad intelectual, hará posible un cambio positivo del escenario actual.

Pero incluso eso no será suficiente si no hacemos simultáneamente entre todos el esfuerzo de responder adecuadamente a un creciente conjunto de ideas que circulan cada vez con mayor fortuna, y que a pesar de su atractivo aparente y supuesto carácter democratizador, esconden en el fondo un pensamiento profundamente reaccionario. Me refiero a la muy extendida teoría de que

«Donde realmente está la diferencia es en la capacidad de los autores para crear en libertad, para reflejar su propia y personalísima forma de ver el mundo; sin creadores libres e independientes no hay cultura.»

es posible instaurar un sistema completamente nuevo de creación cultural al que sus defensores suelen referirse como «cultura libre» en contraposición con la llamada «cultura oficial». En teoría, se trataría de poner en marcha una especie de gran comuna virtual, en la que la creación se compartiría gratuitamente y donde la cultura nacería espontáneamente, liberada de cualquier interés que no sea el del puro amor al arte.

Por supuesto nadie discute que algunas de estas experiencias, en la senda de las famosas «creative commons» y otras iniciativas análogas, ofrecen perspectivas interesantes que pueden contribuir a construir espacios cul-

«Solo teniendo en cuenta este singular caldo de cultivo, puede entenderse la desconcertante y absoluta falta de conciencia social frente a hábitos tan dañinos como la piratería de contenidos en Internet.»

turales más globalizados y accesibles. Es posible incluso que andando el tiempo, estos espacios lleguen a convertirse en un paso intermedio entre la etapa de formación y la actividad profesional, imprescindible para quienes aspiren a consagrar su vida al mundo de la creación. Lo que parece más dudoso en cambio es la insistencia en intentar

convertir la excepción en regla general. Y sobre todo, la sospecha difusa que los defensores de la mencionada «cultura libre» hacen planear sobre todos los que desarrollan una actividad profesional en el mundo

de la cultura. Como si el hecho de percibir algún tipo de remuneración por su trabajo contaminara automáticamente tanto la integridad del autor como la de su obra.

Obviamente un planteamiento de este tipo

puede aceptarse como un deseo utópico, de la misma forma en la que muchos insistimos en creer que un mundo mejor es posible a pesar de las duras pruebas a las que nos somete la realidad. No deja de ser extraño, sin embargo, que quienes propugnan tan hermosa idea para los autores, no hagan lo propio con cualquier otro ámbito de actividad, como, por ejemplo, la banca de inversión, la construcción u otros. ¿No será más bien que lo que subyace debajo de estas propuestas es la idea de que el creador es un factor prescindible en la maquinaria de producción? No nos engañemos, la industria de contenidos no va a desaparecer. Lo que sí puede suceder es que se agrave la tendencia de sustituir los contenidos culturales por el puro entretenimiento enlatado, producido en masa por empleados subpagados sin apenas control sobre el producto final. Que las verdaderas películas dejen paso a meros trailers concebidos simplemente como instrumentos de *marketing* y que la li-

teratura sea remplazada por culebrones descargables en el móvil a un euro el capítulo.

Y es que el punto que marca los límites entre lo que llamamos cultura y lo que ya pertenece a otro orden, no estriba en divisiones artificiales entre alta cultura y cultura

popular. Donde realmente está la diferencia es en la capacidad de los autores para crear en libertad, para reflejar su propia y personalísima forma de ver el mundo; sin creadores libres e independientes no hay cultura. Eso y no otra cosa es lo que está en juego en estos momentos. No lo olvidemos y trabajemos juntos para ganar el futuro.